E. Ramírez Ángel

La tragedia del comedor

Novela



Biblioteca Helios

LA TRAGEDIA DEL COMEDOR

Del mismo autor.

PROSAS LÍRICAS

	Pesetas.
Cabalgata de horas................	3
Madrid sentimental................	1,50
La vida de siempre................	3
El perfecto casado................	3

NOVELAS

La tirana.........................	1
Después de la siega...............	1
Sinfonía doméstica................	1
Los ojos abiertos.................	3,50
La voz lejana.....................	1
Penumbra..........................	1

TEATRO

El príncipe sin novia (apunte lírico). .	1

BIOGRAFÍAS

Beethoven.........................	2
Haendel...........................	2
José Zorrilla.....................	3

NOVELAS CORTAS

De corazón en corazón.—El duende.—Al borde de la vida.—Historia sin desenlace.—Juventud, Ilusión y C.ª—La primavera y la política.—Santiago el Verde.—Cambio de conversación.—Dónde nace el amor.—Alas y pezuñas.—El alma del abuelo.—El rincón de los suspiros.—Todos gorriones.—La invasión de los bárbaros.—El de la suerte.

E. Ramírez Angel

La Tragedia del Comedor

NOVELA





BIBLIOTECA HELIOS

Oficinas: Marqués de Urquijo, 12. | Talleres: Calle de Velarde, n.º 12.

MADRID.—1916.

I

Una tarde de Otoño.

FULANITO se cansó, de pronto, y tiró con furia, tumbándolos por el suelo, los soldados de plomo con que jugaba. Luego, anhelantemente, recorrió la casa, enorme, laberíntica, que iba naufragando en la sombra del crepúsculo. Penetró en la sala, en el gabinetito tapizado de amarillo; asomóse a las alcobas, fragantes a afeites, de sus hermanas, y a los dormitorios, que hedían a tabaco, de sus hermanos; echó un vistazo al cuarto de trabajo de su padre, donde no trabajaba el padre nunca, y, por último, regresó mohíno, cabizbajo y fúnebre, pasillo adelante, hacia la cocina.

La doncella y la cocinera, muy entretenidas en charlotear con las maritornes colindantes, de ventana a ventana, le recibieron desabridamente.

—¿Qué te pasa?

—¿No han vuelto todavía mi madre y mis hermanas?—inquirió el muchacho.

—No; no han vuelto—dijo la cocinera, volviéndole la espalda.

—¿Cuándo van a venir?

—¡Yo qué sé!—contestó, a su vez, la doncellita, tan insolente y peripuesta.

—Bueno—exclamó con energía Fulanito—; pues yo me he cansado de jugar y de estar solo.

Las dos hembras miraron, titubeantes, al chiquillo. Mediante una transición que en ciertas personas de civilización intermitente como las criadas de servir, suele ser fulminante, ambas pasaron del asombro a la grosería.

—¿Y a nosotros qué nos cuentas con eso? ¡Tiene gracia!—barbotó, despectiva, la guisandera.

—¿Por qué no te fuiste con tú mamá, angelito?—añadió, displicente, la otra.

—¡Porque no tengo ganas de aburrirme yendo de visitas, o de compras, o de lo que sea!—arguyó con firmeza el rapaz.

—Muy bien; pues aguántate.

Y le volvieron, definitivamente, la espalda.

Fulanito, con sus catorce años abrasados en cólera, no supo, al principio, en qué forma corresponder a aquellas siervas, que sólo ante él sentían y empleaban orgullos de señora. Convencido, en todo momento, de su superioridad, optó por salir de la cocina, aunque tuvo cuidado de consignar su enojo dando un portazo violento. Y se fué al comedor.

En el camino, la soledad de la casa tornó a

dolerle y a sonrojarle como una bofetada.

¿Qué iba a hacer hasta que los suyos regresasen? Eran poco más de las cinco de la tarde de un día de noviembre.

La obscuridad, creciente y densa, trocábase en desamparo, en hurañía, en desesperación.

Fulanito quiso correr, gritar, reir, sentirse niño, y no pudo. La inmovilidad de los muebles, cuyos contornos se destacaban medrosamente, parecióle que iba a convertirse en recriminaciones irritadas. Cuando anochece no hay para las almas precoces que padecen la clausura del hogar ningún mueble jovial, cómodo y de perfiles que inspiren confianza. Todos ellos torvos y como metamorfoseados, pierden su bonachonería, su utilidad y su belleza. La sombra vespertina, sobre todo, les perjudica lamentablemente.

Sin resolverse a destruir, encendiendo la

luz, aquella misteriosa agresividad del moblaje y aun de la vivienda, Fulanito acercóse al balcón, en cuyo cristal apoyó la frente.

Estaba lloviendo. A través de las gotas que sobre el cristal resbalaban con humilde serpenteo de lágrimas, Fulanito miró la desierta calle donde, a intervalos, el alumbrado público sembraba montoncillos de pedrería.

La lluvia, menudita y terca, había hecho enmudecer a la ciudad, enjoyándola fastuosamente. Sólo se percibía un a modo de cuchicheo cauto, y eran las gotas rebotando, acribillando, sucediéndose con pertinacia lúgubre. Lluvia de otoño, parsimoniosa e inagotable, que comunica al cielo apariencia de losa y a la calle ahogo de zanja; lluvia que hace parda la claridad; que le da, a veces, color de sudario, y que se entra en el corazón con aleve sigilo de gusano, para no dejar

sana y sin mella ninguna idea optimista ni ningún deseo riente...

Fulanito, ensimismado, siguió viendo caer el agua. Gustábale como nunca la fría y pegajosa sensación del cristal. Gustábale, asimismo, sentirse tan solo, tan olvidado, en aquel rincón de la casa sin ruido de charlas y sin luz. Y gozando la voluptuosidad de su aislamiento, de su adolescencia y de su pequeñez, se puso a pensar en las cosas importantes que podían acaecerle cuando fuera hombre...

¡Ah, futuro delicioso, años por venir, que daban a sus años presentes gustosísimo y nervioso sabor de entreacto!... ¿Qué niña, de aquellas que atravesaban la calle con su madre o su amiguita, charlando bajo la bóveda sonora del paraguas, sería su novia, la mujer que el destino le tenía reservado, como a tantos hombres, para subir en la vida o se-

pultarse en ella? ¿Cuál mozuelo, de los que caminaban ahora sorteando charcos, podría llamarle hermano suyo, brindándole esa amistad que alienta o aniquila? Aquellos desconocidos transeuntes ¿no le esperaban a lo largo de su vida para moldearle, encaminarle, despistarle o vencerle?

La lluvia y la noche hacían todas las siluetas igualmente fugitivas, igualmente misteriosas. Fulanito, alucinado, las veía aparecer por un extremo de la calle y perderse, alternativamente concretas y vagas, por el opuesto...

La mamá y las tres hijas llegaron a las ocho, bien dadas. Fulanito seguía junto al balcón. Estaba pálido. Los ojos le brillaban con el fulgor, maravillosamente nuevo, de la calentura.

Mientras las «niñas» cambiaban de traje, Fulanito buscó las amorosas solicitudes de

su madre. La buena señora, tan prócer dentro de su corsé, teñida, adiposa y tolerante, comenzó a hacer aspavientos cuando vió a su Fulanito del alma.

—¡Angel mío! ¿Has estado sin jugar, aquí solo toda la tarde? ¿Y los soldados? ¿Y la caja de pinturas? ¿Y esas chicas? ¿Y esa luz? Habla, precioso, encanto de tu madre. ¿Qué te sucede? ¡Cuidado que encargué a las muchachas que no se marchasen de tu lado! ¡Oh, no puede una salir de su casa ni quedar bien con nadie! De escarmiento me sirve...

Fulanito, siempre juicioso, atajó con una caricia la legítima indignación maternal, que amenazaba, por lo pronto, destruir de un estallido el corsé.

—Mira, mamá, no te enojes. Es que me gustaba estar aquí viendo llover.

—¡Ah, qué chico este! Te aseguro...

—He pensado una cosa, y quiero decírtela a solas.

—¿Tú, vida mía?

—Sí. Luego se lo cuentas a papá, pero en la alcoba, ¿eh? Que no lo oigan mis hermanos.

—¡Cuenta, cuenta, riquín, orgullo de tu madre!—apremió la señora, besuqueándole.

—Oye, mamá—expuso gravemente el niño—. Yo no quiero más juguetes. Me cansan, me aburren...

—¿Por qué, cielo mío?

—No sé. Yo quiero ser algo. Quiero ser alguien. Estoy harto de ser niño...

—¿Tú? ¿Tan jovencito?—preguntó enternecida y asombrada la buena señora—. Pero, ¿qué quieres ser? Ya sabes que no me gusta que estudies, que no te busques dolores de cabeza... Estás delicadillo, amor mío, y no te conviene, mientras puedan tus padres, seguir ninguna carrera...

—Sí; pero yo quiero ser algo—insistió el muchacho.

—¿Para qué?

—No lo sé.

La madre le miró arrobada, y luego reiteró sus caricias y zalemas. ¡Pobrecín! Siempre tan precoz, tan desconcertante, tan caprichoso... A ella le aterraban estas «salidas» impropias de un chiquillo. Y ya, hasta la hora de cenar, no dejó de besuquearle, de juguetear con sus cabellos, de prometerle golosinas. Fulanito, entre tanto, con curiosa obcecación, reiteraba que quería ser «algo», recomendando a la madre que no confiara a nadie, sino a su esposo, este importante secretillo...

El padre llegó cerca de las nueve.

Mengano, el primogénito, a las nueve y cuarto. Perencejo, el segundo de los varones, a las nueve y media. Las tres hermanas,

que sentían mucho apetito, apremiaron al padre, en vista de que Zutano, el otro hermano, se retrasaba con exceso. Zutano llegó, por fin, cuando la fruta resplandecía primaveral bajo el otoño de las claridades eléctricas. Y de sobremesa, la mamá, acariciando a Fulano, su hijo predilecto, exclamó:

—¡Ah! ¿No sabéis? Fulanito quiere ser algo; está cansado de ser un nene encantador...

El padre le miró sorprendido. Los tres hijos varones no le miraron. Las tres hermanas cuchichearon entre sí, sonriendo. Fulanito, rojo, enojado, abandonó su sitio refugiándose en un extremo del comedor. Este arranque suscitó reproches y defensas. La familia se puso entonces a divagar acerca del carácter de aquel chiquillo, prolija y contradictoriamente...

II

Rosa entre cardos.

La familia del probo funcionario público don N. Mediócritas, compuesta de tres hijos varones y de tres hembras, ocupaba el piso tercero de una de esas casas edificadas con materiales de derribo—último espasmo de la arquitectura actual—, erizadas de sorbetes de escayola y abrumadas por miradores saledizos como cajas, bajo los cuales dos crispadas cariátides lloraban por su perdida y graciosa serenidad helénica.

En la casa había un ascensor muy reducido, aunque funcionaba algunas veces, y un portero cuyo imponente levitón daba no-

toria importancia al zaguán y a los vecinos.

El señor Mediócritas tenía en cualquier Ministerio cuatro mil pesetas de sueldo, con el cual, misteriosamente multiplicado y concienzudamente dividido, apaciguaba todos los meses al casero, domesticaba a los acreedores, nutría a la prole, satisfacía al fisco, pagaba, en la tertulia, los solos de favor, asistía a sencillos espectáculos teatrales y se instalaba muy a menudo en las cajas bamboleantes de los coches de punto.

Cuando alguna amiga de la señora de Mediócritas le preguntaba, honrándola con esta deferencia, cómo su marido podía obtener del sueldo aquella bíblica elasticidad de los panes y de los peces, la señora, toda imprudencia y bondad, contestaba:

—Hija, a ti te lo puedo decir... Mi esposo tiene cuatro mil pesetas... y *manos sucias*.

Gracias a estas manos desaseadas moral-

mente, la familia avanzaba sin dificultades serias por la vida. Hay metáforas que permiten vivir en una casa con ascensor y llevar a las hijas con sombreros de precio. El señor Mediócritas mostraba, desde su segunda juventud, cierta preferencia por este linaje de figuras retórico-burocráticas.

Los individuos de la mentada familia no podían ser, entre sí, más antagónicos y divergentes.

Mengano, el hijo mayor, tenía treinta años. Dedicábase a la política, carnaza pútrida de la que obtuvo varios trozos: concejalías, subvenciones, etc. Fuera del Congreso piropeaba a todas las mujeres y aguardaba a que cualquiera de ellas se casase para poner a prueba la virtud del marido. Era uno de esos «señoritos» calaveras que lucen la elegancia de una calvicie precoz, viven desde el atardecer a la madrugada, «se rozan» con artistas,

toreros y danzantas y alardean de una amoralidad perfectamente presidiable.

A Mengano seguía Perencejo, dos años menor que él, y muy aficionado a incendiar tranvías y destrozar escaparates cuando la turba estudiantil, entre la que militaba, se indisponía con el Beocio titular del Ministerio de Instrucción pública.

Quince años llevaba estudiando Perencejo y había apedreado a infinidad de Rectores, agentes de la secreta y cobradores del tranvía. Maurista, ocurrente, chulo, en *cines*, prostíbulos y chirlatas logró siempre «nota». Era un granuja irresistible. Tenía dinero a todas horas. Los cocheros de punto le miraban con ternura paternal, porque nadie como él sabía divertirse en la Bombilla pagando, al final de cada zambra, doce o catorce duros de alquiler del *simón*. Sabía de todo, algo. Los cambios de Ministerio y las novilladas

de Tetuán le divertían extraordinariamente. Desfigurábale el cuello cierta repugnante cicatriz procedente, según unas versiones, de avariosis, y, según otras, del tajo que, ebria de frenesí, le abrió una mesalina barata.

En cambio, Zutano, galán de veintiséis años, corto de vista, rubio y «empollón», arrastraba por la ciudad, fachendosamente, su sable de teniente de Caballería. Como un bravo se batió muchas veces en Africa. De su rudo y noble oficio le quedó un amor exclusivista, intransigente, fanático, a la espada, cuyo brillo era claridad de antorcha que, encendida en la gloria del pasado, alumbra con luz larga y delantera de reflector, el porvenir.

Hombre de mundo y soldado a la manera pulida de estos bonancibles tiempos, que han hecho compatible el más acrisolado honor

con el atildamiento del *dandy*, oprimía su robusta diestra un relojito de pulsera y le olía el bien ceñido uniforme a esencia de la *rue Royal.* Vituperaba en lo íntimo de su alma la conducta de sus hermanos Mengano y Perencejo, considerándoles indignos de llevar un apellido que él, Zutano, lustraba dignamente, valsando, como pocos, en el salón, pero batiéndose mejor que nadie en la trinchera.

Por lo que toca a las hermanas, tan bonitas, tan elegantes, tan frívolas, podría hablarse abundantemente de ellas. Tampoco se parecían mucho entre sí, mas su sexo les otorgaba fundamental y sustantiva semejanza. En los momentos decisivos, jamás quebrantaron la solidaridad que les imponía su tierna y amable condición de mujeres.

Fulana, Zutana y Mengana podían llamarse Juno, Diana y Afrodita. Ambiciosa y alti-

va la una, casta la otra, hermosa y seductora la tercera, en definitiva espiaban al hombre para incorporarse a la vida conyugal como Gracias, Musas, Furias o Parcas.

Hembras las tres, igual que todas las hembras de este mundo, podían, circunstancialmente, trocar la mísera arcilla del hombre en mina de oro o en vivero de gusanos, forjando con sus deditos terribles un escudo para sus codicias o una mortaja para sus sueños...

Las tres, «por lo demás», se empolvaban, emperifollaban y exornaban, presas, espiritualmente como flores, y muy a la española, entre una página del libro de misa y otra página del semanario de modas. Pintadas, para la vida, por un ángel, les dió los oportunos retoques—y la pintura quedó magistral—el demonio.

Por lo pronto, y mientras matrimoniaban

o no—aunque tenían su novio respectivo—, estas tres chicas gentiles vestían lo más elegante y lujosamente que las manos ennegrecidas de papá toleraban. Con especial acierto librábanse del sambenito de «cursis», solamente aplicado, y esto de un modo más sistemático que justo, por las criadas, las amigas pobres y los novios rechazados, gente, como se ve, recusable y despreciable.

¿Y Fulanito, el Benjamín de la tribu Mediócritas? ¡Pobrecillo! Pálido, espiritual, de señoriles ademanes, su niñez de cuerpo y de alma parecía condenada a no fenecer nunca en el tozudo y cruel desarrollo que los años ejercen.

Sus hermanitas deliraban muy a menudo por un traje o un palco; sus hermanos gladiaban, recurriendo a toda laya de industrias y presiones, para alcanzar un acta, un ascenso o una vacación, y todas estas tentaciones

mundanas, que van tejiendo los fastuosos roponcillos orgullo y necesidad de nuestra desnudez, a Fulanito no le soliviantaban.

Siendo chiquitín, destrozó muchos juguetes. Ya más crecido, advirtió, de improviso, que en su pecho retozaba un duende procaz, enredador y exigente, que unas veces solía inducirle a explorar los mágicos cofrecillos de los libros, y en otras ocasiones le dejaba inmóvil, deliciosamente embelesado, bajo el cielo estival, salpicado de dulces titileos enigmáticos.

En resolución: era, entre los suyos, como una disonancia, como un forastero, como un intruso. La táctica y el prestigio del primogénito, vinculados eficazmente en la calva prematura, le repugnaban; el borrascoso ardimiento de Perencejo, diluído en suspensos universitarios y dolencias secretas de burdel, le sonrojaban; el culto fanático que a su

espada rendía el apuesto Zutano sugeríale invencibles sacudimientos biliosos; el afán de bullir, de exhibirse, de figurar, que tanto atosigaba a las hermanitas, sumía al muchacho en atonía feroz, y, finalmente, aun el mismo vehemente cariño que por sus padres sentía entibiábase día tras día viéndoles siervos de una tolerancia y una pasividad para con toda aquella caterva de mozos que sólo en rubores, ignominias, fracasos morales y disgustos domésticos se traducían.

El matrimonio Mediócritas mimaba al Benjamín, por enfermizo, por aristocrático, por débil y por inofensivo.

Cierto, como sostuvo un ilustre ingenio: la piedad es más fuerte que el amor. A Fulanito, los suyos le compadecían, única limosna que del corazón, si le tienen, se arrancan los vanos, egoístas y, a su juicio, poderosos. Fulanito, en cambio, iba tal vez aprestándo-

se a despreciarlos. El, todo salud y lozanía, veíalos purulentos, mentecatos, fanfarrones, comidos por todas las concupiscencias y dejando desiertos los altares más sagrados de la propia dignidad.

Fué entonces—a los quince años de edad—cuando el nenín feble realizó un descubrimiento transcendental. Descubrió que, desde la cuna, iba a su vida adherido, pendiente como un marbete, su apellido paterno, y que había, al nacer, contraído la obligación de ennoblecerle. Y resolvió no cejar en este deber.



III

La paz del hogar.

De un modo confuso, henchido de claridad de alba, que es lumbre y es despertamiento, Fulanito decidió «ser algo». Desasosiego lírico, cansancio tempranero, afán sin ruta prevista, sed de aire puro por verse demasiado hundido en la ciénaga: todo esto, tan contradictorio y tan ameno, asaeteaba con furia de venablo su corazón, impaciente por caminar, sin contaminarse, a lo largo de prosaísmos, bellaquerías, egoísmos y ofuscaciones.

Fulanito, por dar cauce a sus deseos, conferenció con la madre; la madre, indulgente,

se lo transmitía al marido, y el marido, blando de condición — la genuína paternidad es exquisitamente moldeable—, antes de decidir, considerábase en el trance de someter sus propósitos a la asamblea familiar, a todos sus amados, reunidos en cónclave.

Lo difícil era ver completo este cónclave. Porque Mengano, el primogénito, se levantaba tarde y volvía a casa cuando la política— que no tiene, según es notorio, entrañas (ni aun para los hijos de familia)—solía libertarle, allá de madrugada. Porque Perencejo, el estudiante, andaba siempre harto entretenido con sus clases y sus devaneos amatorios, tomando buena nota del cráneo del Catedrático sobre el cual debía incrustar, en la primera revuelta, la primera pedrada; porque Zutano, nieto espiritual del Romancero, bullía en el cuartel casi todo el día afilando su tizona en la Historia de España, y porque

las niñas, ocupadas en arreglarse un poco por las mañanas y en salir de visitas o de compras o de exhibición por las tardes con mamá, nunca, en casa, disponían de un rato a propósito para fallar los asuntos doméstico que a su consideración sometía el jefe y cabeza don N. Mediócritas.

Pero, en fin, la dificultad mentada era orillable. Había un sitio y una hora en que los miembros de aquella familia, alejados por sus respectivas ocupaciones, lograban reunirse. El sitio era el comedor y la hora, consecuentemente, la de comer.

Allá, de nueve a nueve y media de la noche, todos se congregaban en torno a la mesa, gracias a la solidaridad, nunca bien elogiada, que establece el estómago.

Todos, el político, el estudiante, el militar, las presumidas y los tolerantes, fraternizaban. La sopera, panzuda y humeante en el

centro de la mesa, se inmaterializaba hasta evaporarse en las sugestivas vaporizaciones del símbolo. Apenas iniciado el unánime crugir de las mandíbulas, reaparecía, concreto y conciliador, el parentesco, la consanguinidad. Bienaventurados los que comen, porque ellos verán a sus padres, una vez siquiera, todos los días...

Como soldados de un ejército mercenario reunidos en un campo de batalla, cada uno de los circunstantes traía su relato, proclamaba su origen y encarecía su debilidad. En este sentido, el comedor de la familia Mediócritas era un Congreso, y mejor, una rampa de la legendaria torre de Babel.

De plato a plato, nadie se entendía. Eran seres de países diversos, caudillos de minorías rivales, restos de civilizaciones dispersas, y entre todos componían una a modo de Exposición, de traje arlequinesco, de mo-

saico bizantino y de bazar, donde los colores, las fragancias y los sones se confunden, revuelven y exponen, componiendo un conjunto heterogéneo que sólo en una vivienda particular, y aun enfocándolo por su lado pintoresco, puede resultar tolerable.

Todos discutían, en pugna todos y con su lanza y con su escudo todos.

La última plana de anuncios de un diario, tan nutrida de gritos, solicitaciones y requerimientos, no da sino muy vaga e imperfectamente idea de la familia Mediócritas. Pensad en el zoco, en la bolsa, en la ágora, y os acercaréis a la realidad. Si el muestrario de un viajante catalán charlase tanto como el viajante mismo, la pintura de aquella familia, nunca de acuerdo, sería una embriaguez, casi veneciana, de colores.

Fulanito, a discreta distancia espiritual del

grupo, comía y callaba. Sin renunciar a su ulterior papel de protagonista, asignábase a la sazón, y con gran consuelo por su parte, el divertido e importante de espectador.

Allí, oyendo a los suyos, comenzó a vivir, visto que, simultáneamente, empezó a padecer.

Una noche, el cabeza de familia comunicó al Areópago que Fulanito había emprendido una carrera. Quería ser Abogado, o Médico, o Ingeniero, etc.

Perencejo miró estupefacto a don N. Después se puso a desmenuzar una chuleta, pero se le advertía, por lo arrebolado del rostro, que iba a decir algo decisivo.

—¿Una carrera, papá? Buen pelo va a echar mi hermanito. Si yo pudiese, me metía a albañil, a mozo de cordel. ¡Bonitas están en este país las carreras!...

El señor Mediócritas dobló pensativa-

mente, en dobleces muy cucos, la servilleta.

—No seas ganso, Fulanito—añadió Mengano.—Como papá no ha sido todavía Ministro, lo que te conviene es, mientras no llego yo a Subsecretario, hacer oposiciones a Aduanas, al Banco, a Ferrocarriles. Una carrerita corta, chico. Mira: Correos ofrece un gran porvenir.

Zutano, al oirlo, lanzó una carcajada.

—¡Bien, hombre bien! ¡Valiente perspectiva!... Veinte duros al mes, y hala, a sestear míseramente a la sombra del Estado...

Las tres mozas, inflamadas de ternura fraternal, consideraron propicio indignarse.

—¡Jesús, una carrerita corta!...¡Chupatintas perpetuo!

—¡Vamos, Zutano, no divagues!

—Pero ¿estáis locos? ¡Lo que habían de reirse nuestras amigas cuando lo supieran!...

—¡Ya saliste tú!—interrumpió el hermano

mayor abrasando a su hermana con el fuego colérico de sus pupilas.—¡Siempre el «qué dírán», coco de todas las familias comidas de prejuicios!...

—Claro—repuso amostazada y agresiva la otra—; ¡como tú tienes tan pocos escrúpulos!...

—Mira; me va divinamente.

—Ya lo veo. Pero, ¡buena fama tienes por ahí!

—¿De qué?—gritó Mengano, levantándose apoplético—. ¡Dilo, idiotilla: ¿de qué?

El señor Mediócritas quiso imponer silencio mediante un puñetazo sobre la mesa, que suscitó sonoros temblores de copas y cubiertos. Pero este alarde de su paterna autoridad avivó el escándalo, en lugar de apaciguarle. Entre varones y hembras entablóse una recia batalla de insultos, gritos y denuestos lamentables. Aquellas mujercitas—

espuma del espíritu de la contradicción, como todas las bienaventuradas Evas del globo— procuraban gritar mucho para tener más razón; y aquellos hombres, todo virilidad y pulmones, entendían que, apostrofándolas y recriminándolas groseramente, impondrían su criterio. La confusión devino espantosa. Lloriqueaba la madre; reiteraba sus puñetazos el padre; volcáronse varias copas; volaron algunas servilletas; el gato salió bufando; rompió el canario a cantar, y hasta la lámpara del comedor, intensificando su luz, pareció pronta a apagarse de golpe y para todas las noches, en una llamarada agónica e inmensa, como deseosa de sumir en la más horrenda obscuridad a todos aquellos energúmenos que no sabían avenirse.

Por fin, la voz del padre pudo sonar perceptible:

—Pero, hijos míos, ¿por qué os ponéis así?

Unas veces por una cosa y otras por otra, armáis cada batahola que da asco. La culpa es mía, bien lo sé. En definitiva se hará lo que a vuestra madre y a mí nos parezca. Pero—¡por los clavos de la cruz!—... hacedme el favor de no repetir escenas como esta...

La señora de Mediócritas no cejaba en sus dramáticos sollozos.

—¡Qué vergüenza, Señor, qué vergüenza!... ¡Y con la doncella nueva!...

Pero ni el histérico hipo de la madre, ni los gruñidos biliosos del padre evitaron que Mengano, Perencejo y Zutano abandonaran sucesivamente el comedor, saliendo a la calle tras sendos portazos apocalípticos.

En un rincón, las tres hermanas cuchicheaban, arrebolado todavía el rostro por la ira. Fulanito, atónito, medroso y pobretico, buscaba por todo el aposento un escotillón para

desaparecer. Mas aquella casa, tan confortable, carecía de esta laya de refugios. Y a falta de escotillón, Fulanito buscó de nuevo, y como de costumbre, el querido regazo de la madre.



IV

Comienza la tragedia.

A partir de aquella noche, el porvenir del buen chico fué expuesto, disecado y roto sobre la mesa del comedor como un cuerpo vivo en el mármol helado de la clase de Anatomía.

Todos, queriendo entrañablemente a Fulanito, le descuartizaban por turno. Cada cual arrogábase el derecho de protegerle, de orientarle, de abrirle un sendero, de tapiarle otro, de convertirle en yunque y de tomarle por martillo.

Su alma era una marioneta, y sus hermanos los hilos que a la marioneta gobernaban.

El no tenía voluntad propia, facultad de discernir, de resolver y de ejecutar. Bajel entre olas, pelele entre manteadores, túrdiga entre engranajes, camino en una encrucijada, flecha de torre en el aire, agua en canal, espejo, moneda y campana, era algo pasivo, sin más valor que el que querían concederle, sometido a todas las veleidades, esclavo de todos los imperios, reflejo de los demás seres; carne, en fin, palpitante de vida, pero paradójica y amargamente rendida al escalpelo.

Transido de tristeza y de estupor, Fulanito, mientras el tiempo transcurría, observaba que sus hermanos, celosos fiscales de lo ajeno, jueces venales de lo propio, le administraban sus ilusiones, le regulaban sus quimeras, le dosificaban sus alegrías, y le cortaban, no a la medida del espíritu de él, sino a la de ellos, el impalpable y luminoso vestido de lo porvenir...

Al principio, dócil siervo de la buena fe—esa moneda legítima únicamente para el que la derrocha—tuvo en cuenta, juzgándolos discretos, los consejos de sus hermanos. Dejó, pues, ingenua y confiadamente de prepararse a las oposiciones.

Es posible que los tales consejeros estuvieran en lo firme, y que toda carrerita corta no sirviese en esta España indolente y campanuda sino de medio para disimular decorosamente la miseria.

Así como en la infancia del libro bíblico Adán cubrió su desnudez con una hoja de higuera, el empleado español recurre a una credencial para que le cubra y disfrace su penuria.

Fulanito, discurriendo sesudamente, rectificó su plan primitivo. Envió noramala asignaturas y apuntes. Papá corría con los gastos. Buscó, mientras urdía otro proyecto re-

dentor, abundantes entretenimientos espirituales y sensuales en los distritos más céntricos de Madrid y en sus alrededores floridos. Tuvo novia, concubina y amigos. Se hizo «juerguista». Vió la vida, como Marcelo el de *La bohème*, a través de un vaso de vino. Se embriagó de ilusiones, de alcohol y de lirismo. Fué abandonándose a varias voluptuosidades: la del pecado, la de la despreocupación, la del ensueño, la del despilfarro. Y vió que la vida aquella era excelente, porque las alas de su espíritu crecían, y su adolescencia sembraba de rosas frescas el camino, y los aires del mundo eran blandos, tibios y olorosos, y... en el comedor de casa no le juzgaban ni oprimían.

Tanta ventura duró, empero, poco. La señora de Mediócritas le veía crecer, embelesada: que a toda madre, de veras maternal, hasta el desarrollo físico del hijo se le antoja

hechura y maestría propia. Pero las hermanas, más mujeres siempre que las madres, vieron a Fulano por la calle con la novia—o con la amante—y estimaron indispensable exteriorizar su parecer.

Nadie, en la casa, se lo había pedido. No importa. En ciertas familias, el hermano suele ser un racional, que, amparado en el apellido común, se inmiscuye donde no le solicitan ni le aguardan.

Estaban todos los de la familia comiendo. Fulanito—ya se supone—no padecía la timidez de antaño, aunque, como un tesoro valiosísimo, conservaba su buena fe congénita.

—Vamos, que bien acompañado ibas ayer tarde...—le soltó a bocajarro la hermanita menor con una sonrisa todo sutileza diabólica.

Fulanito fingió algún asombro. Luego,

poco civilizado todavía—¡Dios mío!—se ruborizó...

—¡Psch!—hizo negligente.

—¡Ah! Pero ¿es que ya tienes novia?—interrogó Mengano, que en aquel momento se servía otro pedazo de solomillo.

—Puede que sea algo más que novia—observó con su peculiar buen juicio, Perencejo.

—¡Hola, hola!—agregó elocuentemente el militar, acariciándose el mostacho y mirando de reojo su bocamanga, puntos los dos en donde residía su irresistible prestigio donjuanesco—. ¿Conque tan adelantados estamos, Fulanín?

Las otras dos hermanas intervinieron a su vez.

—¿Y dónde has encontrado esa preciosidad, hijo de Dios?

—¡Pobrecilla! Iba hecha una facha...

—Pero—interrumpió Mengano interesándose—¿es una bajita, regordetilla, rubia?

—La misma—dijo Fulana.

—Bueno; bajita, bajita no lo es mucho—concedió Zutana, conciliadora y madrileña—; pero lleva un sombrerito que «se las trae».

—Vamos—comentó el estudiante—, entonces si no es rica, será una romántica.

Fulanito pasó al rojo cereza.

—No, y que amartelados bien lo ibais. ¡Qué barbaridad! ¡Si me quisieran tanto a mí!

La madre terció entonces dulcemente, usurpando las meritorias funciones del pararrayos.

—A ver, a ver, hijo mío; cuéntame... Y dejaos de bromas de mal gusto—reprochó a los demás—; pues qué, ¿Fulanito no es ya un hombre?...

Altivo, viril, el cuitado habló con toda sinceridad.

—Sí; era mi novia. Ya lo sabéis. ¿Tiene algo de extraordinario que me haya enamorado de una mujer? Para mí, no la hay más elegante, más bonita, más buena ni más inteligente. Y eso que todavía no sabéis otra cosa.

Toda la familia le observó anhelante. Seis voces se fundieron:

—¿Qué, qué?...

—Pues que soy yo, y no ninguno de vosotros, el que tiene que casarse con ella.

Ante aquel arranque, todos lanzaron una risotada soez. Y pugnaron por sobrepujarse.

—¡Hombre, bien!

—¡Mira el niño, y parecía tonto!

—¡Buen provecho te haga!

—Pero ¿has oído, papá?

—Dejadle. Es un bebé riquín...

Etcétera.

Pero Fulanito, mirando agresivamente a la

asamblea, hallábase dispuesto ante todos a recabar de ellos, como otro Don Quijote, la declaración de que su Dulcinea no era ninguna Aldonza vulgar. Habló con verboso encarecimiento y todos, escandalizados, se negaron a oirle. Era un chiquillo inexperto; la elección de una mujer «cursi» y pobre lo probaba. En este punto y en aquella noche, todos los hermanos estuvieron de acuerdo. Hasta el mismo padre hubo, aun violentando su natural benevolencia, de reconocerlo así. El matrimonio, en España, es un problema pavoroso. Arguyéronse razones sofísticas y tópicos dramáticos para disuadir a Fulanito. Ellos, los hermanos, más duchos, más aleccionados, más melancólicamente escarmentados que él, consideraban un deber ineludible convencerle, arrepentirle, iluminarle. La deliberación y el veredicto deslizáronse en tonos tan moderados, que Fulanito fué poco a

poco modificando su juicio y desdibujando su ideal amoroso, encarnado por hervores de adolescente, en la rubita regordeta. Y, de buena fe, no dudando de la de sus mentores—¿cómo no creer en la fraternidad de los hermanos?—, al día siguiente llegó más tarde que de costumbre a ver a su novia; la novia le puso hociquito, y Fulanito, heroico, renunció, despidiéndose de ella, al hociquito y a todo lo demás de su novia.



V

Pasaban los años...

ADRE é hijo se veían algunas veces—muy pocas—a solas.

El hijo sentía inopinadas y fervientes ganas de llorar. ¡Imbécil!... Los años pasaban; había hecho oposiciones, en las que salió reprobado, y sus hermanos, más o menos piadosamente, volvieron a zaherirle. Todos le censuraban; todos contendían por repetirle que estaba enfermo y muy enfermo en su vida moral; pero ninguno le indicaba el remedio adecuado, ni tampoco le traía la receta salvadora. Y Fulanito, desorientado, abúlico y colérico—según el tiempo que hiciera—,

divagaba dolorosamente con la madre. La madre, todo tolerancia, cuidaba de consolarle como podía, esto es, con frases vulgares, pero efusivas.—No les hagas caso, bobín mío—argumentaba—. Ya serás algo bueno...

¡Ay! pero en aquel comedor, vientre y no corazón de la casa, nadie, a fin de discusiones, le hacía caso. Por ser el último hermano quizá, como acontece con la escena final de ciertas obras de teatro...

Veintitrés años tenía Fulanito y era, nada más, un hombre con cédula personal, existente tan sólo para los acreedores.

Las hermanas, más emperifolladas cada vez, aguardaban en vano la hora redentora ó útil del casorio.

El hermano mayor *vivía;* y, por no trabajar, trabajaba con tanta industria como tesón. El otro, macilento, olía constantemente a yodoformo y promovía considerables

trifulcas en casa pidiendo dinero; pero tantos donaires derrochaba y tan bien manejaba las zalemas, que no se lo negaban nunca.

Zutano, el militar, no se casaba tampoco, esperando, mientras iba del Círculo al cuarto de banderas, a que la muerte se le presentase trayéndole en una mano la partida de defunción y en la otra el ascenso. Unicamente Fulanito era, entre los suyos, una sombra; algo marginal, accesorio, sin relieve ni rumbo.

Con espanto veíase al borde del fracaso. Ese fracaso estúpido, humillante, inicuo, que amortaja sin haberse combatido desesperadamente. ¿Por qué? Con claridad plena lo veía Fulanito. Debía evadirse del comedor. Allí sonaba, abundante, la fuente de su desgracia...|

Aquel mismo día, estando a solas en su cuarto, recibió carta de un amigo suyo.

¡Coincidencia curiosa! Este amigo quería acelerar su boda, no en un rapto de cariño a la novia, sino de desesperación. Le era imposible—aseguraba — «seguir tolerando las fiscalizaciones, veredictos y discusiones tan nutridas de buena fe y ternura, de la gente del comedor. En las demás habitaciones—añadía el infortunado—los míos son buenos, inteligentes y razonables; pero, chico, en cuanto se reúnen en el comedor, cambian por completo. Les debo muchas desazones. Reconozco que sus consejos no pueden ser más leales ni discretos; pero quiero tener iniciativas, libre albedrío, risa sin tasa, voluntad recta u ondulante que me permita abrir una senda de claridad en mi vida.

»A ti te lo declaro con rubor, por lo pueril del motivo. He resuelto, sí, anticipar mi boda. Así me fugaré de esa Sala de lo criminal que funciona en casa dos veces al día y

en la que se sirven ciertas substancias alimenticias que, por mi mal, contribuyen de un modo terminante a mi demacración y delgadez...»

Luego, sentimentalmente, el amigo concluía:

«¡Oh comedor familiar, centro de toda concordia, dulce encrucijada de los afectos!... De todo tiene este aposento un poco: de areópago, de mentidero, de escenario y—¡ay!—de tendido de sol... Allí somos grandes hombres y también nos abrasamos en los sonrojos de la derrota. Allí la hermana no quiere comer algunas veces. Tiene enrojecidos los párpados y una sombra mate, densa, dentro de los ojos; por donde venimos en conocimiento de que el novio le ha escrito que «desgraciadamente no congenian»...

«Allí el padre, un día, achaca a la inapetencia lo que es amargura de no hallar la suma

necesaria para concluir, sin vilipendio, el calvario económico del mes. Y otro día el virtuoso varón—cuando amanece, rosada de concesiones, la sobremesa—nos autoriza a que, con el primer cigarrillo, pidamos virilmente a la vida la primera náusea. Asimismo, sentimos el oprobio de ser pobres, porque mamá tiene la gentil misericordia de asegurar al invitado—persona de confianza—«que no ha hecho ningún extraordinario para agasajarle»; y cuenta que sacó de lo más recóndito del arca la mantelería contemporánea del azahar de la boda, y que, preocupada y solícita, mandó adquirir ciertas vituallas y curiosidades gastronómicas de las que durante trescientos sesenta y cuatro días al año vimos en los escaparates...

»Allí las hermanas, vivaces y sometidas, acechan la ocasión de obtener el sombrero o el vestido antes de que vaya vencida la tem-

porada; allí se pone en claro que les gusta mucho la ópera italiána y que a nosotros nos abruma; y se averigua que la vecinita de enfrente (esa vecinita, para el hermano, tan apetitosa) no se peina hasta bien sazonado el día; y se calificá con la dureza correspondiente nuestra incuria o nuestra impolítica despreocupación, bien recordándonos que debemos una visita a los dignos señores de Gutiérrez, bien asegurando que la otra tarde, en el tranvía, «no quisimos» saludar a doña Impertinencia y sus dos mocitas—acaso para evitarnos la contrariedad de que, pagándolas el billete, el cobrador se llevase unas monedas que, en justicia, reservamos al camarero de nuestro turno.

»Inútiles serán tus protestas. En el comedor no se absuelve a ningún hijo de familia. Discutiréis todos; se alborotará la sangre, la bilis y los nervios de cada cual; y así la cria-

da conocerá disensiones domésticas que, además de no importarle, referirá a la portera para que los vecinos, a su vez, sepan lo que ocurre en el mundo.

„—Tú—te dicen mientras comes—no te has fijado bien en Milagritos. Con esa, con esa debías casarte. ¡Qué primorosa, qué distinguida, qué humilde! Con cuánto gusto canta las canciones de Alvarez y la romanza de *Tosca!*... Y el padre acaba de ascender...

«—Sí—opones—; pero, ya os lo he dicho. No acaba de gustarme. Es una «niña gótica«... cursilina, ñoña...

„—¿Gótica, cursilona?—te replican aterrados—. ¿Dónde tienes los ojos?

—„¡Así sois los hombres!—gimotean por otro lado de la mesa—. ¡Ya quisieran muchos encontrar una mujer como Milagritos!— Añade unos cuantos compungidos lugares comunes.

»Por la pacífica estancia se esparce un viento de cataclismo. La familia—al menos en el comedor—te parece un pretexto para que se reúnan a las mismas horas unos cuantos seres que no estén nunca de acuerdo. Y si eres escritor o poeta...

»Cierto amigo mío me ha hablado muchas veces con melancolía de lo que él llamaba «el calvario del comedor».

»Verás. Al principio, cuando el muchacho publicaba sus balbuceos literarios, sentábase a la mesa, optimista y locuaz, bendiciendo el invento de Gutenberg. El padre, rebosante de cariño, solía sorprenderle con preguntas indescriptibles:

»—¿Y cuánto te pagan por ese artículo?

»—Hombre, papá—argüía el mozo—; nada aún. Soy un colaborador espontáneo. Lo importante, por ahora, ¿sabes?, es darse a conocer... Acreditar la firma...

„El padre le miraba atónito.

„La madre, más comprensiva, callaba.

„Las hermanas hacían un mohín displicente.

„El gato, con sus ojuelos dorados, daba a aquel minuto de silencio la acibarada elocuencia de un reproche.

„—Me parece—decía, por fin, el padre—que estás perdiendo el tiempo. ¿Cuándo vas a cobrar tus trabajos?

„—Más adelante. Este es el aprendizaje forzoso... ¿Crees que no supone nada el publicarlos, si se considera que en todos los periódicos hay un exceso de original que asusta?

„La familia callaba, sin que esto signifique que se diese por convencida. Transcurría el tiempo; acaso el comedor era otro; tal vez un gato nuevo, sustituto del anterior, jugueteaba con los ovillos de la costura; la criada

tampoco era la de antaño, aunque le faltaban bastantes habilidades para ser bonita. Pero el «calvario» seguía siendo el mismo.

»Mi amigo cobraba *ya* los originales que remitía a los periódicos. El día menos pensado un buen camarada le llamaba ilustre y otro señor mordaz le llamaba asno. Hallábase a punto de triunfar en esta España ávida de adjetivos.

»—¿Y dónde escribes?—comentaba el padre—. Ese *Independiente* no lo lee, creo, nadie. En la oficina no lo conocen. Desengáñate, ya es hora de que dejes de ser un romántico sin noción de la realidad. Mientras no colabores en *El Liberal* o en *El Imparcial* la gente no se fijará en tu firma...

«El chico, deseoso de que en el comedor estimaran la gradual importancia de sus éxitos con el mismo entusiasmo con que los celebraban amigos y extraños, siguió comba-

tiendo. Y tuvo la honra de colaborar en *El Liberal*, en *El Imparcial*, en el *Heraldo*... Y le daban, además, seis u ocho duros por artículo...

»La familia, implacable, no se rendía.

»Olvidando las observaciones de años anteriores y estas pequeñas victorias del muchacho, le exigían más. Había pasado algún tiempo...

»—Está bien—declaraban—, aunque no debe cegarte la vanidad. Vas avanzando. Pero ¿y el *Blanco y Negro*? Esa sí que es una revista de importancia; todo el mundo la lee. Reconocerás que publica cuentos y poesías muy bien escritos.

»¡Oh, la obsesión del *Blanco y Negro*! Todas las familias españolas profesan a este gran semanario un fervor intensísimo. En España nadie puede discutir los actos del Ejército, ni las campañas de la Prensa, ni los

números del *Blanco y Negro*, lo cual, por otra parte, nos parece definitivamente bien. Así, pues, al «protagonista del comedor» le aterraba un poco la idea de que el Sr. Luca de Tena le rechazase un cuento, porque entonces la familia no se resolvería nunca a admirarle...

»El Sr. Luca de Tena, presintiendo, tal vez, el drama, publicó al escritor un cuento, por cierto muy flojo; circunstancia que, si va en perjuicio de algun número de la notable revista, proclama la benevolencia de su ilustre director. Y tras este trabajo cobró otros muchos en publicaciones no menos prestigiosas. El mozo combatía ciego e infatigable, no sólo para vencer al público, sino, principalmente, porque los suyos creyeran en él.

»Pero el padre—concreción del sentido común, varón insigne sin cuyo concurso muchas biografías de hombres célebres carece-

rían de anécdotas conmovedoras—, no cedía por completo. Sus observaciones, rellenas de lógica, impulsaban al luchador á seguir luchando...

—»En resumen—argumentaba doctamente—: ¿qué significa publicar dos o tres libros de ediciones reducidas y colaborar en periódicos? Sólo el teatro da gloria y dinero. Créeme, hombre, créeme...

»Las hermanas, más benignas, no le atacaban, pero se valían de algunos comentarios que suelen tener malicioso perfil de perífrasis.

—»¡Cómo viste la familia de Tal!—decían.

»Tal era un autor dramático que estrenaba mucho, y con éxito.

—»Pagando doce duros de cuarto—añadía la madre—le he conocido yo, y ahora vive en un principal de la calle de Serrano.

»Por fin, el hijo de familia estrenó, triunfó; le llamaron ilustre muchas veces; se lo llamó él; apareció en unos periódicos retratado con la mano apoyada en la barbilla; en otros juntos al estante de libros, y la agrupación del comedor es amiga suya incondicional.

»Ahora, él y los suyos son felices. Estos ya no recuerdan sus censuras, silencios o reticencias de antaño. Están muy ufanos con el «chico», que ya no es chico; y en la oficina, en casa de los amigos, en la tienda le conocen. Entre tanto, nuestro hombre, con su fama a cuestas, hase unido a una mujer que le quiere mucho y que encarece su talento—, gracias al cual luce tantos sombreros; recibe sablazos, se crea enemigos irreductibles, y, para sostener dos casas, trabaja de día y de noche. Pero... ¿cómo no va a considerarse feliz? Ha concluído el «calvario del comedor.» Tras un combate horrendo, ha lo-

 

grado que en la apacible, amada y familiar habitación, a las horas de yantar, le alaben sin tacañería...

»¿Qué te parece, insigne?... Yo emigro...»

Fulanito, cuando terminó de leer esta carta, bajo cuya sarcástica zumbonería palpitaba un dolor infinito, tuvo una sonrisa celestial. ¿No imaginaba el muy cándido que sólo a él le acongojaban estas minucias domésticas?...

Luego, apoyando la barbilla en el pecho, se ensimismó voluptuosamente...



VI

Una idea luminosa.

FULANITO tenía que adoptar una resolución. Una resolución radical, categórica, saludable. Pero Fulanito, excesivamente bondadoso, era excesivamente abúlico...

Mientras su torturado corazón encontraba una fórmula que conciliase sus exigencias de hombre y sus deberes de hijo, se dedicó a frecuentar los cafés.

Prefería los más alejados del centro, cafés silenciosos, como tumbas, donde los camareros tenían un gesto indefinible de tristeza, los divanes, descoloridos, iban envejeciendo sin brillantez, y un ciudadano grave, con

gesto dramático de cabeza de mucha familia, arrancaba al piano valses dulzones, ya sin dulzor, y oberturas románticas sin romanticismo...

Estos locales —refugios de la mediocridad, del fracaso y de la misantropía, hicieron enfermar a Fulanito. Llegó a mirar con ira las parejas de novios que, en el rincón más sombroso, cuchicheaban ardientemente; y las peñas de varones pervertidos que jugaban al dominó o al tute; y esa otra pareja sospechosa—el hombre gordo y el hombrecillo entecо—que departen en voz baja para solucionar un expediente de Hacienda o un negocio de homosexualismo.

Y Fulanito, ante la imposibilidad de ver todo aquel mundo más tolerable, cantándolo en alejandrinos o en octosílabos, desdeñó la poesía de los viejos cafés y dedicóse a pasear por las calles, por los jardines, por las afueras.

En estos sitios, amplios, generosos de libertad y de luz, fué casi feliz al principio.

Su incipiente neurastenia cedía.

Una vez oyó en el Parque del Oeste al famoso ruiseñor—avecilla que gorjea entre la fronda retórica de medio siglo XIX español—y le entraron deseos de domiciliarse en un árbol. Los trinos del ave prócer le agradaron sobremanera. Luego, en el jardín, vió niños, muchos niños, y embelesado con sus juegos y su prosodia, lamentó profundamente su ligereza por no haberse casado. Otro día, como sonara el silbato de una locomotora, pensó marcharse a alguna parte. Pero ¿adónde? ¿Y con qué medios?...

Entonces, al volver a la ciudad, le asaltó una idea importante. Entró en la primera Administración de Loterías que halló a su paso, y compró un billete. Era, precisamente, víspera del sorteo.

Acaso la solución de sus angustias conteníase en aquellos papeles numerados.

Fulanito se estremeció telepáticamente. ¿Por qué no divagar, con alguna fiebre, entreviendo un futuro de paz, ya que el desconocido lotero le había dado un «capicúa»? Fulanito tenía la debilidad, bien inofensiva y apacible, de creer en el sortilegio de los «capicúas».

Aquella noche, cuando regresó a su casa, la halló tan inhóspita como siempre.

Sus descontentadizos hermanos comparecieron, sucesivamente, en el comedor. Todos ellos conservaban el apetito tradicional entre los Mediócritas. Y la locuacidad. Y la disparidad. Y la malignidad.

Ninguno de ellos recataba ya el desprecio que Fulanito les merecía por laxo y tumbón. No tratamos de calumniarles; pero, por su gusto, le habrían dejado como al Benjamín

de la familia de Jacob: en lo más hondo de una cisterna.

Si antaño les pareció mal que Fulanito tuviese amores, proyectos y ambiciones, sin solicitar, previamente, su criterio, ahora encontraban de un cinismo intolerable que el Benjamín de los Mediócritas fuese un parásito, desprovisto de relieve y huérfano de nombradía.

El infeliz Fulanito tenía, en verdad, la culpa. Nunca había sabido ponerse de acuerdo con ellos. Y mamá... Mamá, vieja ya, toda ternura con todos, no ejercía ninguna influencia en el hogar aquel. Ciertas madres, como las mujeres hermosas, cuando envejecen pierden mucho. No son cotizables; pasó su tiempo; conservan únicamente la majestad, solemne, pero decorativa nada más, de las reinas que abdicaron...

Concluída la cena, los varones salieron de

casa; el padre, un poco asmático, buscó en el diario nocturno que acababan de traerle, halagos venturosos de Tebaida, y las hijas se fueron con la madre, a la que habían catequizado, a un teatro cualquiera.

—¿Te quedas?—preguntaron a Fulanito.

—Sí—contestó el mozo, abatido a pesar suyo.

Encendió un pitillo, y con incurable tedio cogió un libro que al azar habían dejado. Eran *Las mil noches y una noche.*

Los ojos tropezaron con la «Historia de Juder el pescador», que había leído en su adolescencia. Y, en aquella hora, andando los años, por misteriosa casualidad, veía otra vez cómo el pescador Juder, entre efrits y prodigios maravillosos, ardiente amador de su madre, era aniquilado por la ruindad de sus dos hermanos Salem y Salim.

Fulanito, que al finar la lectura del entre-

tenido cuento sentía reseca y amarga la boca, miró entonces a su padre detenidamente, como al término de un viaje prolongadísimo. Don N. Mediócrítas leía el folletón, ajeno a las miserias de este mundo.

—Qué ¿no sales por fin?—preguntó a su hijo al volver la hoja.

—No.

—Creo que el Gobierno—añadió, complacido—, se decide a abrir las Cortes. A ver si ahora el Ministro de Hacienda saca adelante sus reformas. ¿No las conoces?

Fulanito, luego de asegurar humildemente que no las conocía, huyó a su alcoba. Arrojóse de bruces sobre el lecho. Estuvo, durante varias horas, discurriendo. Y, nada; no se le ocurrió nada...

Al día siguiente, Fulanito, en la calle, concibió una idea casi genial. La de no volver a

su casa. ¿Qué hacía en ella sino estorbar? ¿Qué eficacia tenía su cariño? ¿Cómo vencer a los suyos? No; el triunfo de la fuerza numérica era indiscutible.

Voces nutridas y fuertes sacáronle de su ensimismamiento: —¡La lista grande, con el gordo en Madrid!...

Otro estremecimiento telepático sacudió el cuerpo de Fulanito. Acordóse del brujo «capicúa» en cuestión, y, acometido de un intensísimo sobresalto, compró la lista.

Quedó a poco el hijo menor de los Medió-critas como arraigado en la acera. Un frío glacial y un fuego del infierno le tundieron el rostro. Después, Fulanito miró, acobardado, en torno suyo, recelando que alguien encontrase grotesca su conmoción.

Acababa, la veleidosa Fortuna, de regalarle aquello que, en tal sazón, llenaba de ruido, de inquietud la ciudad; aquello que traía co-



rrentones, desasosegados y rojos a un centenar de vendedores de la Lista; aquello que a muchos hombres de España, abarcando su horizonte moral, colocan en el confín opuesto al que ocupa el revólver: el primer premio de la Lotería.

Fulanito respiró gozosamente. Los varios miles de duros le importaban poco. Lo que bendecía, lo que celebraba, era que la suerte le hubiese, con aquel dinero, facilitado una idea... Y, por fin, pudo despegarse del suelo y seguir andando.

La idea—¿cómo no adivinarlo?—consistió en que Fulanito, apenas percibió la cantidad ganada sin esfuerzos y sin censuras de nadie, se apresuró a comunicarlo a la familia. Por primera vez, todos los suyos, estuvieron conformes con Fulanito en que los «capicúas» son, realmente, fascinadores. El padre felicitó con sincera ternura al hijo, que tan feliz idea

tuvo invirtiendo en décimos de la Lotería un dinero que pudo gastar en cosas más vitandas, y la madre—¡bienaventurada mujer!—desbordó su cariño en una frase lapidaria:

—¡Si ya os decía yo que Fulanito no era tan tonto como asegurabais!...



VII

La preocupación de Fulanito.

DESDE aquel momento, Fulanito comenzó a ser feliz. Aunque no disponía de ningún tesoro fabuloso, los llovidos miles de duros le permitieron realizar varias maravillas. Dos hermanas se casaron pronto. El hermano mayor, a quien regaló un buen puñado de pesetas, desapareció. El estudiante le daba siempre la razón, y el militar asentía. La otra hermana pudo tener más sombreros y perifollos, con lo cual, cayó en la cuenta de que Fulanito era ya mayor de edad, y, por tanto, solo él debía responder de los propósitos que urdiese.

En pocas palabras: que Fulanito, ebrio de felicidad, veía cada vez más lejanos los días pretéritos de discordia y destemplanza.

Pero Fulanito, con todo, no cejaba en sus ambiciones. Quería ser más dichoso aún. Le quedaban solteros tres hermanos, y las exigencias de los hombres imaginativos, con algún dinero, son terribles. Así Fulanito, modelo de hijos de familia, se dedicó a perseguir un sueño definitivamente dorado: trasladar a su familia a una casa moderna, lujosa, bonita y en buen sitio. Pero una casa «que no tuviese comedor»...

18 enero 916.



ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LA TIPOGRAFÍA "LA ITÁLICA"
EN MADRID A XV DÍAS DEL
MES DE FEBRERO
DE MCMXVI
AÑOS







UNA PESET